Jueves, 28 de marzo de 2024

APARICIÓN DE CRISTO JESÚS GLORIFICADO EN EL QUINTO DÍA DE LA SAGRADA SEMANA, EN EL CENTRO MARIANO DE FIGUEIRA, MINAS GERAIS, BRASIL, AL VIDENTE FRAY ELÍAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Mi silencio reverencia este momento, porque no pueden perder ningún instante de él.

Mi silencio les abrirá la consciencia para que, una vez más, los códigos de la redención ingresen en sus almas, en lo más profundo de sus espíritus, para que participen Conmigo de este sagrado momento de celebración y de Comunión con Mi Cuerpo y con Mi Sangre; momento en el que, así como lo fue en la Última Cena, los infiernos se paralizarán, las almas serán rescatadas por la autoridad que el Padre Me concedió.

Hoy, dedico este importante momento a todas las madres de los consagrados, que entregaron a sus hijos a Mí, sin saber si este camino de consagración se cumpliría.

En nombre de todas las madres de los consagrados a esta Orden, pido en este momento que las madres de los consagrados, que estén presentes en este lugar, se acerquen a los pies de este escenario y enciendan una vela que Yo les consagraré.

Fray Elías del Sagrado Corazón de Jesús:

Pueden acercarse.

Estas son las madres, entre tantas otras, que le han confiado lo más preciado que tienen al Sagrado Señor, renunciando a la vida que les ofrece el mundo, para que sus hijos e hijas pudieran conocer la vida del espíritu.

He aquí las madres que dieron su vida por ustedes, consagrados, para que hoy todos ustedes estuvieran aquí escuchando al Señor. Porque un buen hijo nunca podrá vivir sin su madre, porque la madre es el amparo de Dios para que todos los hijos caminen seguros hacia el encuentro del Sagrado Corazón del Señor.

Cuánto las manos y los pies de sus madres tuvieron que trabajar para llevar el alimento a la mesa, para tener qué comer y que pudieran crecer fuertes, alimentados principalmente por su amor maternal, para que algún día, como hoy en este día santo, estuvieran ante el Señor.

Por eso, les pido a todos los hijos e hijas de la Tierra que recuerden con amor a sus madres, que se perdonen, que se reconcilien y sobre todo que se amen, para que la Santísima Madre de Dios hoy sea glorificada en el Cielo y en la Tierra; así, como en Su más profundo silencio y anonimato, la Esclava del Señor fue glorificada en cada paso del Calvario, por su fidelidad y obediencia a Dios al entregar, sin nada a cambio, a lo que más amaba en Su vida, a Jesús.

Hoy, sus madres ya entregaron lo más preciado que tienen. ¿Lo sabían?

Conozcan así, la verdad que se oculta en la realidad, a los ojos de lo que parecería aparente.

Por eso, vengo a bendecir estas velas y con Mi Espíritu vengo a encender esta llama, para que las madres sigan orando por sus hijos e hijas de la Tierra y, especialmente, por los que se consagraron a Cristo para alcanzar la santidad que justifique los graves errores del mundo, de toda la humanidad, así como muchos santos y bienaventurados lo hicieron a lo largo de los tiempos.

En lo que es imperfecto, Dios se hace perfecto. Esta es la esencia del Amor de Dios.

Por eso, llamé a las madres de los consagrados y consagradas para que, al igual que la Santísima Madre y las santas mujeres, acompañen de cerca y de corazón este momento de Comunión y de ordenación sacerdotal; para que recuerden que todo lo que Me den, especialmente sus familias y seres queridos, Yo todo cuidaré para que las almas puedan vivir Mi Voluntad; así, como las santas mujeres entregaron a sus esposos y apóstoles para que siguieran el camino de Cristo, en el apostolado y en el sacerdocio; para que así, Dios fuera glorificado.

Así, como Dios es glorificado en los Cielos, Dios es glorificado en cada alma que se consagra y se ordena, más allá de la imperfección de la vida, o incluso del pecado, porque Dios tiene el poder de transformar todo a través de Su Amor; así, como sus madres hicieron crecer a sus hijos e hijas para que alcanzaran la Dignidad de Dios en toda la vida consagrada, en todas las familias.

Celebremos esta Santa Eucaristía en la compañía especial del Sagrado e Insondable Corazón de Jesús, que vuelve hoy a ser víctima de los pecados del mundo, para que todos alcancen la liberación y la reconciliación con la Ley, en esta amnistía espiritual que les otorgo.

Así, los absuelvo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Fray Elías del Sagrado Corazón de Jesús:

Acompañemos al Señor en esta celebración.

Vamos a comenzar entonces, junto a Nuestro Señor, Jesucristo, a revivir y a recordar este momento importante de la Última Cena; en el que, a través del pan y del vino transustanciados, Nuestro Señor se entrega a nosotros para nuestra redención.

Después de que Nuestro Señor, Jesucristo, reunido con Sus apóstoles, como humilde siervo fiel de Dios, lavó los pies y las manos de Sus compañeros para que purificaran sus intenciones con las sagradas intenciones de Dios y vivieran, a partir de ese momento de la institución de la Eucaristía, la ordenación sacerdotal y el apostolado de Cristo en la Tierra; siendo así, embajadores de la paz y de la Palabra Divina, del anuncio de la Buena Nueva.

Fue así que Jesús, llamando a Sus compañeros a la santa mesa donde el Cordero Pascual sería inmolado, tomó entre Sus Manos el pan en acción de gracias y en sacrificio lo elevó a Dios, pidiéndole al Padre Eterno que transustanciara el pan en Su Glorioso Cuerpo, a través de la intervención angélica.

Después, Jesús partió el pan para poder compartirse con todos los Suyos, y lo pasó a Sus compañeros, diciéndoles: "Tomen y coman todos de Él, porque este es Mi Cuerpo que será

entregado por los hombres para el perdón de los pecados".

Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Amén.

Reverenciamos, así como los santos ángeles, en este momento, reverencian la presencia del Cuerpo de Cristo.

Y, en esa noche santa, antes de finalizar la cena y de que Nuestro Señor partiera hacia el Huerto Getsemaní, donde viviría Su agonía en el más profundo silencio, Cristo amplió Su oferta por la humanidad y el mundo entero, a través de la transustanciación del vino en Su Divina y Preciosa Sangre.

Fue así, que tomó el Santo Cáliz entre Sus Manos y lo elevó a Dios, pidiéndole al Padre Eterno que convirtiera el vino en Su Preciosa y Divina Sangre, a través de la intervención angélica.

Enseguida, Jesús se lo pasó a sus compañeros, diciéndoles: "Tomen y beban todos de Él, porque este es el Cáliz de Mi Sangre, la Sangre de la nueva y eterna alianza entre las almas y Dios, la Sangre del Cordero que será derramada por la remisión de todas las faltas. Hagan esto en Mi Memoria hasta que Yo retorne al mundo".

Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Te alabamos, Señor, y Te bendecimos.
Amén.

Reverenciamos la presencia de la Preciosa Sangre de Jesús, así como los ángeles reverencian este momento.

Nos colocamos de pie.

Unidos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Fuente de toda inspiración, amor y cura; unidos a los ángeles, arcángeles, bienaventurados y santos que están en el Cielo y en la Tierra; unidos a nuestros ángeles de la guarda y a todos los seres de buena voluntad; vamos a consumar esta consagración para que los códigos crísticos se hagan presentes y desciendan en las almas.

Haremos esta consagración a través del Padre Nuestro en arameo, cantado.

Que la Paz, el Amor y la Misericordia de Cristo desciendan a la Tierra.

Con la misma fe del centurión, oramos:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa,
pero una Palabra Tuya bastará para sanarme.
Amén.

Cristo nos dijo: "La Paz les dejo, Mi Paz les doy".

Que Nuestro Señor no mire nuestros pecados, sino la fe en Su Presencia. En fraternidad y hermandad nos damos el saludo de la paz, la Paz de Cristo.

Y anunciamos la Comunión Espiritual de todas las almas del mundo entero con Cristo.

Las madres de los consagrados van a comulgar y también las madres de la Orden. Se pueden acercar.

Padre Celestial,
que a todos conduces,
acepta nuestra oferta de entrega a Ti;
guíanos por el camino del Amor,
para que Tu Voluntad sea hecha.
Amén.

Te damos gracias, Señor, por cuánto nos das.

En este encuentro, Te honramos, Señor.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Y después de esta Santa Comunión, vamos a prepararnos para la ordenación sacerdotal y luego para el Sacramento de este día.